



DOS CARAS EN UN MISMO PAÍS: EL ESPEJO LIMPIO DE LA CEJA Y LA ALFOMBRA DE RESIDUOS DE URIBÍA

Colombia vive una paradoja territorial que se lee con claridad en sus cabeceras municipales. Mientras La Ceja, en el oriente antioqueño, exhibe calles pulcras, rutas de recolección sincronizadas y una cultura ciudadana que separa en la fuente, Uribí enfrenta en su casco urbano una crisis de manejo de residuos que asfixia plazas, desborda canecas y alimenta botaderos satélites en los límites de la ciudad. El contraste no es casual; es el reflejo de dos modelos de gestión urbana. Y entenderlo es el primer paso para transformar la realidad guajira.

En La Ceja, la limpieza no es un adorno turístico ni un logro accidental: es política pública consolidada. Su cabecera opera con un sistema integrado que incluye recolección diferenciada, plantas de clasificación operativas, rutas opti-

mizadas con tecnología y una administración que mide resultados, rinde cuentas y educa de forma continua. El residuo se gestiona donde se genera, y la institucionalidad urbana actúa como engranaje preventivo, no como parche reactivo.

En Uribí, el problema no es la inmensidad del territorio ni la dispersión rural: la crisis se concentra en su zona urbana. Allí, el crecimiento demográfico no planificado, la expansión comercial y la presión de un turismo estacional han desbordado un sistema de recolección que opera con frecuencias insuficientes, cobertura irregular y vehículos saturados. Los botaderos satélites no están en rancherías lejanas; florecen en lotes baldíos a escasos kilómetros del centro, en quebradas urbanas y en los márgenes de la vía principal.



FOTO: National Park

La informalidad en la disposición final, la ausencia de una planta de transferencia o relleno sanitario moderno, y la escasa articulación entre la administración local, los barrios y el sector privado convierten a la cabecera en un punto crítico. No es falta de voluntad guajira; es un déficit de diseño urbano-ambiental que requiere intervención urbana, no justificación geográfica.

Comparar estos dos municipios no debe servir para estigmatizar ni para romantizar. Debe servir para entender que la brecha ambiental en Colombia no es moral, es estructural. La Ceja opera con una ventaja histórica: densidad poblacional que viabiliza rutas de recolección, institucionalidad municipal con continuidad técnica, presupuestos estables y una cultura cívica alimentada por décadas de educación ambiental. Uribía, por el contrario, es el municipio más extenso de Colombia, con una población dispersa, comunidades Wayuu con estructuras de gobierno propio, vías que se vuelven intransitables en temporada de lluvias y un presupuesto per cápita que apenas alcanza para lo básico. Allí, el residuo no se gestiona mal por desinterés; se gestiona mal por ausencia de sistemas adaptados a

la geografía, a la cultura y a la realidad fiscal.

No obstante, reconocer las condiciones no es eximir responsabilidades. La gestión inadecuada de residuos en Uribía tiene costos visibles: afectación a ecosistemas costeros, riesgos sanitarios, pérdida de potencial turístico y, sobre todo, una deuda con las comunidades que cuidan ese territorio desde hace siglos. El desafío no es copiar a La Ceja, sino dialogar con ella. Porque la eficiencia antioqueña no nació de la noche a la mañana: se construyó con voluntad política, con participación ciudadana, con alianzas academia-empresa-territorio y con una visión de largo plazo que hoy otros pueden leer como hoja de ruta.

Propuestas concretas para la zona urbana de Uribía:

1. Mapeo y cierre inmediato de botaderos satélites urbanos: Inventario georreferenciado de puntos críticos en la cabecera, remediación ambiental prioritaria y conversión progresiva a espacios públicos recuperados.

2. Planes de gestión interculturales: Diseñar, junto con autoridades Wayuu y líderes comunitarios, sistemas de manejo de residuos que respeten la cosmovisión local, prioricen la reducción en origen y eviten la imposición de modelos urbanos incompatibles con el territorio.

3. Planta de transferencia urbana y microcentros barriales: Construir una planta de transferencia en el perímetro urbano y habilitar centros de separación, compostaje y acopio por barrios, gestionados por organizaciones locales con apoyo técnico y financiero.

4. Formalización y fortalecimiento de recicladores: Integrar a los recolectores informales en cadenas de valor circular, con capacitación, equipamiento y vinculación a mercados regionales de materiales recuperables.

5. Asistencia técnica y cooperación intermunicipal: Crear una mesa de cooperación Antioquia-La Guajira donde técnicos de La Ceja y otras experiencias exitosas brinden acompañamiento en ruteo, logística, educación ambiental y transparencia en la ejecución de recursos.

6. Responsabilidad extendida para comercio y

servicios: Exigir a hoteles, restaurantes, ferias y grandes generadores la separación en origen, el pago de tasas diferenciadas y la vinculación a cadenas formales de reciclaje regional.

7. Educación ambiental urbana y corresponsabilidad ciudadana: Programas sostenidos en colegios, juntas de acción comunal y medios locales que posicionen la gestión de residuos como un bien público urbano, con veedurías ciudadanas y reportes transparentes de indicadores de limpieza.

Uribía no necesita volverse La Ceja. Necesita que su zona urbana deje de ser un depósito de oportunidades perdidas y se convierta en un laboratorio de gestión responsable. Porque limpiar una cabecera no es estética: es dignidad urbana, y la dignidad se construye con rutas que pasan, con canecas que no rebosan y con ciudadanos que exigen, pero también cumplen. La limpieza no es un lujo urbano; es un derecho territorial. Y la gestión de residuos, cuando se entiende desde la comunidad y no desde la imposición, deja de ser un problema para convertirse en un acto de cuidado mutuo. El mar de Uribía y las montañas de La Ceja respiran el mismo país. Es hora de que lo administren con la misma altura.



**ARCESIO
ROMERO
PÉREZ**

 **arcesor**

 **arcesorommertz**